

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
CAMBIOS SOCIALES Y NUEVAS TECNOLOGÍAS	
<i>Nuevos retos: nueva creatividad</i>	17
FAMILIA SIGLO XXI	
<i>Misión y destino</i>	51
LA IGLESIA EN NUESTRO TIEMPO	
<i>Misma doctrina: tiempos nuevos</i>	71
ORACIÓN Y PIEDAD EN EL SIGLO XXI	
<i>El alcance de la libertad</i>	111
EPÍLOGO.....	133

PRESENTACIÓN

A principios de 2017 Monseñor Fernando Ocáriz fue elegido tercer sucesor de san Josemaría Escrivá de Balaguer como Prelado del Opus Dei. Hasta ese momento había ejercido su ministerio sacerdotal en Roma, desempeñando labores encomendadas a la prelatura y actuando como consultor de diversas congregaciones de la Curia –actividad que actualmente conserva–. En paralelo había ocupado el cargo de vicario general del Opus Dei y, tres años antes de su elección, vicario auxiliar, cometido que estrenó en la prelatura.

En julio de 2017, durante una de sus primeras visitas a España como prelado, mi familia y yo tuvimos la oportunidad de compartir un rato con don Fernando. De ese encuentro surgió la posibilidad y la propuesta de esta entrevista. La

razón de esta iniciativa fue facilitar que también el lector del libro pudiera escuchar los pareceres del prelado sobre cuestiones cruciales que nos afectan como fieles de la prelatura, cristianos en general e, incluso, no creyentes: el trabajo, las relaciones familiares, la amistad, las nuevas tecnologías, la fe o el sentido del dolor. El tesoro de la Revelación nos ha sido ya dado por Cristo en su Iglesia, pero es labor de cada fiel encarnar ese mensaje en las circunstancias sociales, culturales y biográficas particulares. En nuestro caso la rapidez, amplitud y profundidad del cambio en los primeros ámbitos puede hacernos perder la paz y caer en el activismo o el desaliento.

El diálogo se divide en cuatro capítulos: *Nuevos retos: nueva creatividad*; *Familia: misión y destino*; *Misma doctrina: tiempos nuevos*; y *El alcance de la libertad*. Las palabras de Monseñor Ocariz pueden ser ocasión de iluminar mediante una reflexión personal y profunda. Sus respuestas confían establecer un sincero diálogo con cada lector, que pueda dar fruto a grandes propuestas o pequeños cambios. El movimiento interior que nace de la lectura trata de un empeño sincero y constante que no deje espacio a la pereza paralizante ni a la rutina que nos adormece. Las respuestas están medidas, hombre de pocas palabras; por eso, habrá que saber leer

también en los silencios. Lo que propone en estas páginas no son ideas sorprendentes sino una vida entregada.

Las respuestas de don Fernando apelan a la responsabilidad madura del lector y revelan que acoger en profundidad nuestra realidad y trabajar por lo perdurable y bello de la vida, en favor de toda la familia humana, son deberes inexcusables. Lejos de pesimismo apocalíptico y optimismo infantil, apela a la libertad profunda y atrevida de la que nace lo bueno. Para esta labor, como afirma el prelado, no contamos solo con nuestras fuerzas: «No podemos olvidar que, sin ignorar los problemas propios de cada época, Dios es el Señor de la Historia. Es Él quien nos ha dado este mundo para cuidarlo y dirigirlo a su gloria, nos lo ha dejado en herencia y cuenta con nuestro esfuerzo para hacerlo cada día mejor».

Desde su nacimiento, el Opus Dei ha anunciado que debemos estar inmersos en todas las realidades humanas nobles para transformar y santificar el mundo desde dentro. Este mensaje de casi cien años, sin embargo, debe hacerse cercano y asequible de un modo y con unos medios concretos en distintos momentos, por lo que la fidelidad ha de ser necesariamente inteligente y creativa. Como afirma don Fernando: «Cada época tiene sus retos, y los cristianos he-

mos de saber dar respuesta y aliento a los hombres de nuestra época, no porque estemos libres de esas mismas heridas, sino precisamente porque nos afectan del mismo modo y buscamos sanarlas de la mano de Dios». Seguir a Cristo –es decir, a la Verdad– no exime al cristiano de debilidades, caídas y defectos, y ciertamente no puede ser razón para creerse por encima de nadie. Todos hemos de librar la batalla cotidiana de hacernos dóciles a la Voluntad de Dios.

En nuestro contexto actual, esa batalla está marcada, en parte, por el aumento de las diferencias y la polarización. La migración masiva nos pone delante de un prójimo de aspecto, costumbres y modos de pensar distintos. Y, a la vez, el enclaustramiento virtual en el móvil y las redes sociales facilitan que nos sumerjamos en una burbuja de opiniones monocordes que nos lleven a ver a los que piensen distinto como enemigos. Estas realidades –inauditas no hace tanto– son circunstancias nuevas en las que buscar a Dios y amar a los demás. En palabras del prelado: «El mandamiento del amor al prójimo tiene plena vigencia, también en un mundo globalizado, fragmentado y complejo. Los avances técnicos nos permiten estar conectados en tiempo real con los cinco continentes. Esto, lejos de hacernos caer en partidismos o trincheras, en vez de conducir al

enfrentamiento, debería ser una oportunidad para construir puentes de solidaridad humana...».

El texto cobra, unos días antes de salir a la calle, una oportunidad inesperada. Redacto esta breve presentación en una situación insólita: en medio de una pandemia que afecta a la práctica totalidad del mundo, sacándonos a muchos de una comodidad que se daba por supuesta y dándonos la oportunidad de redescubrir quiénes somos y por qué vale la pena gastar la vida. En las palabras de Monseñor Ocariz resuenan las que escribiera san Josemaría Escrivá en *Forja* y que tan presentes estaban en sus catequesis y tertulias: «La felicidad del Cielo es para los que saben ser felices en la tierra». San Josemaría se resistía a admitir que el Cielo fuera un premio lejano que algunos recibirían al acabar sus días en la tierra; y que mientras, aquí, nos tocaría poco más que sufrir y esperar, o bien optar entre la alegría despreocupada y un cinismo protector. San Josemaría lo predicaría, con llamada universal, en su homilía del Campus en la Universidad de Navarra: «En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria...».

De la felicidad de este corazón enamorado, esperanzada y comprometida con los demás y

con el mundo, abierta a las ilusiones, anhelos y dolores de nuestros hermanos, habla Monseñor Ocáriz en el primer libro-entrevista que concede después de ser elegido Prelado del Opus Dei. Una felicidad serena, compatible con el sufrimiento o las preocupaciones, que puede y debe animar todo. La misma que se transparenta en su gesto amable y sencillo. Confío en una nueva ocasión para seguir conversando sobre estos temas, poder recuperar algunas cuestiones y proponer otras que quedan por abordar.

Esta entrevista no es solo mía, sino de más personas, profesionales y amigos, que reconocerán sus preguntas, sus preocupaciones e inquietudes, también sus comentarios y correcciones. A muchos otros, los más, he pedido oraciones insistentemente por el proyecto. A todos agradezco para siempre su ayuda, tiempo e ilusión. Debo agradecimiento especial a don Ernesto Juliá por su constante y generosa ayuda. Finalmente, querría agradecer a Juan Kindelán, presidente de Ediciones Cristiandad, la oportunidad de llevar este proyecto a término y la inmerecida confianza que siempre me ha mostrado.

Paula Hermida Romero
19 de marzo de 2020

CONVERSACIÓN
CON MONSEÑOR FERNANDO OCÁRIZ,
PRELADO DEL OPUS DEI

CAMBIOS SOCIALES Y NUEVAS TECNOLOGÍAS

Nuevos retos: nueva creatividad

Una primera pregunta obligatoria: ¿Qué sintió cuando le eligieron prelado del Opus Dei? Aunque usted no haya trabajado directamente con san Josemaría, estamos aún muy cerca del momento histórico de la fundación.

No me resulta fácil expresar ese sentimiento, en el que sin duda se mezclaban varios: la conciencia de la desproporción entre mis cualidades y la misión a la que se me llamaba, unida a la confianza en Dios y también a la seguridad que da el hecho de que el gobierno en el Opus Dei sea colegial. Naturalmente, me impresionaba ser el tercer sucesor de san Josemaría. Entre 1967 y 1975, en Roma, pude escucharle con mucha frecuencia en grupos más o menos numerosos y hablar personalmente con él en varias ocasiones. Sabía

que contaría con su ayuda desde el Cielo. En resumen, me parece que, junto a la emoción del momento, estaba bastante tranquilo.

El 2 de octubre de 2018 el Opus Dei cumplió 90 años. ¿Cómo valora la evolución que ha tenido desde sus inicios? La gran expansión geográfica hasta rincones de todo el mundo, que hace más visible su universalidad originaria, ¿podría desdibujar el carisma fundacional? ¿Es el mismo Opus Dei el que atiende un dispensario médico en alguna región remota que el que tiene una sede en el centro de Manhattan?

Cuando san Josemaría vio el Opus Dei en 1928, comprendió que aquello que Dios le presentaba no era algo local, ni siquiera nacional. El Opus Dei nació con entraña universal. No hay ninguna diferencia entre una persona de la Obra que atiende un dispensario médico en una región remota y otra que trabaja en Manhattan. Cada una tendrá sus retos específicos para encarnar el espíritu de la santificación de las realidades ordinarias. Quizá el de Manhattan tendrá que poner más esfuerzo para dar una dimensión social a su trabajo, y el del dispensario para trabajar con la misma profesionalidad con que trabajaría una persona con un sueldo más elevado.

La diversidad de orígenes y condiciones es una manifestación de la universalidad de la llamada a la santidad. Una universalidad en cuanto todos estamos llamados, y también una universalidad en cuanto todas las circunstancias de la vida pueden ser camino de santidad, de encuentro e identificación con Jesucristo.

A lo largo de la historia de la Iglesia, conocemos instituciones que han desaparecido por descomposición o porque su función ha dejado de tener sentido. La tan recurrente «continuidad» que se vive en el Opus Dei, se puede entender como continuación, inercia o incluso estancamiento. ¿No se habrá interpretado demasiadas veces como un «quedarse anclados»? Si pudiéramos hacer una radiografía del Opus Dei, ¿qué ve usted en este momento?

La cercanía temporal con el fundador es todavía reciente y vivimos muchas personas que lo hemos tratado con mayor o menor cercanía; algunas incluso desde los primeros años cuarenta del pasado siglo. Es natural que su impronta y su espíritu estén muy vivos. ¿Es eso un signo de inmovilidad? No necesariamente: puede darse también una fidelidad dinámica, no corrompida ni desviada.

El mensaje del Opus Dei sobre la santificación del trabajo profesional y la vida ordinaria será actual mientras lo sea la realidad del trabajo y la sed de Dios. En ese sentido, no es malo «quedarse anclados» en el empeño de encontrar a Dios en el hoy. Ese es principalmente el mensaje que hay que proteger con la «continuidad».

Naturalmente, hay circunstancias cambiantes de lugares, personas, maneras de hacer, que han de ser tenidas en cuenta para no caer en un anclaje estéril. Cambiará la mentalidad, cambiarán los modos, pero el espíritu hemos de velar para que sea siempre el mismo. Pienso que la Obra ha estado marcada siempre por la fidelidad en una continuidad, que requiere la flexibilidad propia de una realidad viva.

La santificación del trabajo, de la que en concreto habla el Opus Dei, suena casi irónica en determinadas circunstancias: tanta gente que trabaja en condiciones injustas, con salarios precarios, horarios abusivos, con el riesgo permanente de ser despedidos a la mínima protesta. ¿No cree usted que todo esto –en concreto las actuales condiciones del mercado laboral en muchos lugares– lo termina pagando inevita-